

### III° Domingo de Cuaresma

A veces, mientras estoy conduciendo, pienso lo peor de los otros conductores. Si necesito moverme al carril izquierdo, pero hay otro coche enseguida de mí, pienso que ese conductor me está bloqueando el paso a propósito. Pues, sé que no lo hace a propósito, pero a veces proyectamos incorrectamente los motivos de la otra persona. “Ella llegó tarde sólo para hacerme enojar.” “Él no contestó su teléfono porque está evitando hablar conmigo.” Especialmente cuando hay silencio, pensamos que alguien está tratando de hacernos víctimas, aun cuando en realidad no es así.

Moisés tuvo que soportar esto. Acababa de liberar a su pueblo de la esclavitud a través del Mar Rojo, en el camino hacia la Tierra Prometida. Pero ahora tenían que cruzar un desierto. En el pasaje de hoy del Libro del Éxodo, la gente no tiene agua. No pueden regresar a Egipto. Están lejos de la verde tierra prometida. Así que se quejan. Deberían haber estado agradecidos, pero pensaron lo peor de su conductor Moisés: Preguntan, “¿Nos has hecho salir de Egipto para hacernos morir de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestro ganado?”

A veces, cuando las cosas no andan bien con nuestra salud, nuestra familia o nuestro trabajo, culpamos a Dios. “¿Por qué pusiste a esa persona en mi vida? ¿Fue sólo para afligirme? ¿Por qué no puedo pagar mis cuentas? ¿Quieres que muera más rápido?” Dios desea lo que es bueno, pero a veces pensamos lo peor de Dios.

Nuestros catecúmenos también tienen sed de agua, el agua del bautismo. Los próximos tres domingos celebramos los escrutinios con ellos. Pidamos para que Dios los aleje de todo lo que les hace pensar lo peor de Dios, o negar que hay un Dios. Nuestros catecúmenos necesitan ser purificados e iluminados.

En el desierto, Moisés le preguntó a Dios “¿Qué hago?”, así que Dios le dio un plan: “Preséntate al pueblo, llevando contigo a algunos de los ancianos de Israel, toma en tu mano el cayado con que golpeaste el Nilo y vete. Yo estaré ante ti, sobre la peña, en Horeb. Golpea la peña y saldrá de ella agua para que beba el pueblo.” Moisés se presentó públicamente con testigos para responder a todas las quejas, y con el cayado en mano, golpeó la peña. Ahí termina esta historia. No se nos dice a lo que pensamos que debía suceder. No se nos dice: “Y el agua brotó de la peña”. Todo lo que dice es que Moisés hizo lo que Dios le pidió. No nos dice si sucedió algo después.

El Salmo 78 dice que Dios trajo agua de la roca, y el Libro de los Números cuenta una historia similar cuando Moisés golpeó dos veces la roca. El agua brotó, pero Dios se enojó porque Moisés no confiaba en él. Esa historia explica por qué Moisés murió antes de entrar en la Tierra Prometida. Pero la historia de hoy proviene del Libro del Éxodo. Si fuera la única historia que tuviéramos sobre el agua de la roca, no sabríamos el final. Todo lo que supiéramos sería que Moisés golpeó la roca.

Muchas veces nos sucede lo mismo durante nuestra vida. Sosteniendo el cayado que es la oración en nuestras manos golpeamos la peña del cielo. No sabemos si nuestro esfuerzo hará que las aguas de la misericordia de Dios fluyan hacia la tierra. En ese silencio, podemos pensar lo peor. “Dios no se preocupa. Dios no escucha. Dios no es tan poderoso. Dios es una roca inamovible”. Pero esos motivos no son más precisos que los que asignamos a otras personas que conducen un automóvil. Esos conductores pueden estar cuidando nuestra seguridad. ¿Y quién sabe? Cuando menos lo esperamos, Dios puede sentir el golpe de tu oración paciente y abrir su sagrado corazón con misericordiosos arroyos de agua viva.

Sunday, March 19, 2017